

EL HOMBRE QUE AMABA LAS BUENAS LETRAS

Por PABLO GUTIÉRREZ-ALVIZ CONRADI

La junta general de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras acordó el 21 de septiembre de 1849 que todo académico fallecido recibiría como homenaje una sesión de elogio fúnebre. Al poco tiempo, pasó a denominarse como necrológica. Desde entonces, no resulta extraño que dos miembros de esta casa se comprometan, entre sí, a que el que sobreviva participe en la sesión necrológica del premuerto.

A este convenio se suele llegar a través de la amistad alcanzada después de un tiempo de camaradería académica. Decía Laín Entralgo, en su delicioso libro sobre la amistad que, en cualquier caso, su conservación y desarrollo requieren empatía, respeto, confianza, lealtad, franqueza y sencillez. Y en los cuatro años que coincidí en la Academia con Ismael Yebra, cumpliendo estos requisitos, pudimos cincelar una buena amistad.

El doctor Yebra y yo pactamos el compromiso necrológico indicado a finales de julio de 2021. Éramos ya director y vicedirector, respectivamente. Cuando nos despedíamos con motivo de las vacaciones estivales me hizo una dura confesión. En tono grave, pero no exento de naturalidad dijo: me muero. Curiosamente, su admirado Chéjov se despidió de la vida con esas mismas palabras, según relata Irène Némirovsky en su emocionante biografía

sobre el médico y literato ruso. Para aliviar la angustia de aquella fatal revelación le propuse el pacto académico necrológico, y lo aceptó. Pero me avisó, “no llegaré al día de Navidad”. A continuación, abundó en los distintos síntomas que percibía de su antigua enfermedad, y se ratificó en su corta esperanza de vida. Era un excelso galeno y, desgraciadamente, acertó: falleció el 22 de diciembre del mismo año.

Murió joven. Alguien podría afirmar que malogrado. En aquel entonces, prejubilado, hubiera tenido más tiempo para escribir, y habría incrementado su estupenda producción literaria. No obstante, el doctor Yebra nunca perdía el tiempo. Vallés el divino, también médico, apuntó que “si quieres vivir tiempo largo, no lo pierdas”.

Cuando el profesor Pérez Mallaina preparó con esmero la sesión necrológica del doctor Yebra no me pareció apropiado participar. Preferí aplazar mi compromiso para cumplirlo, de forma muy personal, con esta conferencia de apertura de curso de nuestra Real Academia. Desde enero de este mismo año he estado leyendo y anotando toda la obra literaria de Ismael Yebra. Y me he quedado admirado de su vasta cultura, su agudeza intelectual y su ágil estilo de fino escritor.

En este discurso, trataré de esbozar el origen y desarrollo de la personalidad de Ismael Yebra, así como determinar su ideario personal como médico humanista, peculiar viajero, sevillano cabal, austero y singular “monje”, elegante escritor de muy distintas materias y excelente académico.

El hombre que amaba las buenas letras. Él mismo se calificó como amante de las letras en algunos de sus escritos. Y lo recalcó, muy especialmente, en su brillante discurso de ingreso en esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Conocí a Ismael Yebra en su consulta. Como le pasó a Ruiz Copete, a Lamillar, y a Pérez Mallaina, entre otros. Un amigo común me consiguió una cita urgente para un Miércoles Santo, a última hora de la mañana. Era por un pequeño problema cutáneo de mi hijo menor, entonces de corta edad. Me asombraron su cariñosa atención, su ojo clínico y cómo desdramatizó la dolencia. Recuerdo que, tras examinarlo, le dijo que el eccema apenas

tenía importancia y, a continuación, como peculiar terapia psicológica adicional, le enseñó un libro donde salían las fotografías de un niño con una roncha similar, y otras instantáneas en las que aparecían el mismo enfermo ya sanado. Luego, hablamos de todo un poco y un mucho de literatura. Y no me cobró alegando que mi mujer era médico. Estoy convencido que siempre tenía una excusa a mano para dispensar sus honorarios.

El origen de su amor a las buenas letras viene como rechazo al ambiente de las tabernas que sufrió en carnes propias desde pequeño. He podido leer un delicioso texto que tenía escrito, pero inédito, sobre las tabernas. Una especie de ensayo en el que describe ese tradicional establecimiento y el ambiente tabernario. También detalla su primitiva función social y certifica su defunción. Afirmo que la taberna era la casa de los sin hogar, y que su desaparición se debe a tres causas: el mayor poder adquisitivo de la clase trabajadora, la irrupción de la tapa, y la aparición de la mujer en estos establecimientos. Abomina el consumo excesivo y desordenado del alcohol, sobre todo el de alta graduación. Y confiesa: “nunca me alegré de criarme en una taberna. Nunca me gustó. Tal vez mi afán por estudiar se debió en gran parte al deseo de abandonar la taberna para siempre...no quiero ni ver una taberna”.

Este texto inédito, de prosa delicada, es muy revelador sobre su tenaz voluntad y su permanente curiosidad intelectual y humana. Contiene una interesante galería de extraños personajes con mote o apodo como el Canela, el Bisagra, el Negro, el Chico, el Balilla, el marqués de los Trapos, Frasquito, Peralías, el Mono... Como una brevísima galería de raros de Carande, pero nada exquisitos.

Ismael Yebra ha escrito seis libros y suele dedicarlos con cariño a su familia: a su esposa Victoria, a sus hijos Daniel y Victoria, y a su hermano Pepe. En su volumen *Memorias de Juan Calasancio*, editado en 2011, agradece la educación recibida de los padres escolapios, con especial atención a un profesor de Lengua y Literatura, don Antonio, quien lo convirtió en un “letraherido”: un lector y escritor “cuasicompulsivo”. Solo he encontrado una crítica, más que lógica y necesaria, a un cruel y violento maestro. En todo caso, concluye que Juan Calasancio, el propio autor, deja fuera de sus memorias cosas por haberlas ol-

vidado. Y continúa, "...la subjetividad es la grandeza de la obra literaria...la literatura recrea, interpreta y, a veces, inventa o prefiere olvidar".

Huérfano desde niño se decantó por la Medicina. Conviene anticipar que, en sus trayectos desde su casa familiar en la Alfalfa hasta la facultad de Medicina en la Macarena, siempre con los ojos bien abiertos, iba apreciando la belleza y defectos de la ciudad, sus edificios abandonados, su deficiente arbolado, etc. Se estaba enamorando de Sevilla.

Se formó como médico dermatólogo con las más altas calificaciones, alcanzó el grado de doctor, y opositó con éxito a la Sanidad Pública. Todos sus compañeros de profesión insisten en su inmejorable ojo clínico. Ismael Yebra lo definía como "golpe de vista". Y lo demostraba, a diario, en su magnífica y semigratuita consulta privada.

Era un sevillano muy peculiar. Compartía su patria chica del barrio de la Alfalfa con dos pueblos: Sanabria y Umbrete. Y de estos lugares también escribió unos libros deliciosos. En 2005 vio la luz *Viaje a Sanabria*. De esa comarca proceden sus padres y la recorrió con una prosa llana, ligera pero consistente, y en la que al estilo de Cela (y también de Pla) describe paisajes con detalle, reproduce costumbres y retrata singulares y toscos personajes a los que saca conversaciones breves y, a la vez, enjundiosas. Las remata con expresiones y sentencias muy castellanas: "eso digo yo"; "cualquiera sabe"; "venga"; "cuesta abajo todos los santos ayudan...". Finaliza este libro con una frase referida a Sanabria, pero de connotación poética muy sevillana: "...Sanabria... mi paraíso perdido...felizmente recuperado".

Años más tarde, en 2009, publicó *Pueblo cercano (Umbrete en el Paraíso)*, un pintoresco estudio antropológico de esta población que lo nombró hijo adoptivo y cuya biblioteca pública municipal lleva su nombre. Allí disfrutaba de una casa familiar procedente de sus abuelos maternos, en la que se ubica su biblioteca particular, selecta y variada, primorosamente compuesta por nuestro antiguo director, en un emplazamiento que solía llamar la torre de Montaigne.

Me detendré algo más en otro libro. Lo presentó en 2007. Quizá, el mejor de esta serie, *Sevilla vista desde la Alfalfa*. Con-

tiene unas conferencias en las que prima un aroma poético y una constante declaración de amor a su ciudad natal. Y con la salvedad de su devoción por la Semana Santa hispalense, se revuelve contra los tópicos tradicionales de nuestra ciudad.

Señala que Sevilla es mujer, pero que su estación natural no es la primavera (una mascarada jocoso-seria) de la que abomina la Feria. Yebra asegura que, con la llegada del verano, Sevilla se reafirma en sí misma y se convierte en un paraíso, aunque la Sevilla auténtica se encuentra en otoño. Y dice, “solamente los poetas inteligentes como Bécquer, Cernuda o Montesinos, supieron cantar al otoño de Sevilla. Otros, los torpes, se dejaron embobar por la primavera y no salen de rimar, mañana con Triana, pena con Macarena y Sevilla con mantilla”. Propone crear una especie de poética Escuela Sevillana de Otoño con novios ejemplares de Sevilla, “aunque sean tristes y huidizos como José María Izquierdo, altivos y resentidos como Luis Cernuda, melancólicos y ojerosos como Romero Murube, callados y esquivos como Rafael Laffón, caritativos y humildes como González Lahera”. Este libro lo termina con un toque taurino y castizo, “que Dios reparta suerte”.

El doctor Yebra, siempre amable y cordial, tenía una cierta afición a la soledad y al recogimiento. Fruto de esta inclinación escribió otro libro titulado *Entre monjas y frailes*. Fechado en 2016, recoge sus visitas y estancias en distintos monasterios y conventos. Centrado principalmente en los de clausura de Sevilla a los que, como médico, asistía a las monjas; también incluye importantes relatos sobre monasterios castellanos (san Pedro de Cardeña, santo Domingo de Silos, san Isidro de Dueñas, santa María de Herrera, y santa María de Huerta) en los que vuelve al estilo de narrador viajero.

Confiesa Yebra su atracción por los lugares solitarios y alejados donde prevalecen el silencio y la paz. Y adelanta lo que Carlos de Foucauld dijo a finales del siglo XIX, que un hombre no es auténticamente maduro hasta que no es capaz de permanecer un día entero en una habitación sin tener la necesidad de salir. En la actualidad, con internet, este reto no tiene ningún mérito: cualquiera pasaría por maduro. Quizá como adelanto a su prematura y dolorosa muerte apunta en el exordio de este libro la

invocación inicial del rezo de las horas litúrgicas: “Dios mío, ven en mi auxilio, Señor date prisa en socorrerme”.

Con el ambiente silencioso de los monasterios llega a decir que “hay momentos en los que uno se detiene y toma conciencia del paso del tiempo”; y al marcharse para regresar a Sevilla como diría Cernuda, “no me queda más remedio que volver al mundo”. No obstante, en la última visita al monasterio de Santa María de la Huerta le sorprendió que cuando fue a pedir la llave del portón de una especie de garaje el padre Ignacio le contestó: «¡Anda, antiguo! Vete para allá que te abro desde aquí con el móvil».

Este libro tuvo una precuela publicada en 2012. *Sevilla en clausura*, que contiene, además, excelentes fotografías de Antonio del Junco. El texto, en tono intimista, nos acerca al mundo de las monjas de clausura revelando, su vida cotidiana que, sin perjuicio de sus rezos, es más normal de lo podríamos pensar, y en la que imperan la alegría y una permanece sonrisa. Rescata las célebres “Seguidillas de monjas” de Romero Murube: “quisiera ser monjita de Santa Clara. Y subir a la torre —cara tapada—. Y ver el río como abraza en sus ondas al cielo mío”.

También recuerda el poema “Un compás” de Cernuda en *Ocnos*. Como saben, el compás es “el primer espacio que nos recibe cuando entramos en un recinto monástico”. Evoca la llamada al torno del convento, y el sonido de la voz femenina, cascada como una esquila vieja, que decía: “Deo gracias”. Me permito reproducir en extracto lo que escribió el poeta fallecido en Coyoacán sobre los dulces elaborados tras el compás conventual:

...las yemas de huevo hilado ... obra de anónimas
abejas de toca y monjil...para regalo del paladar
profano. En la vaga luz crepuscular, en el silencio
de aquel recatado rincón, el exquisito alimento nada
tenía de terreno, y al morderlo parecía como si mor-
diéramos los labios de un ángel.

El doctor Yebra, como hemos podido comprobar ha sido un sobresaliente escritor. Pero no hay que olvidar que también fue un excelente articulista. Todos los jueves, desde enero 2015 hasta mitad de diciembre de 2021 (una semana antes de fallecer), publicó su columna en el faldón de la sección de opinión del

Diario de Sevilla. Iban bajo el título genérico “Sine die”. Algo escrito sin plazo ni fecha fija. Quizá intuía que perdurarían, y que su escritura estaría siempre vigente.

Voy a intentar trasladarles su ideario personal que he podido concluir tras la lectura de todos sus artículos. Lo abordaré por la temática correspondiente que he clasificado del siguiente tenor: médica o sanitaria; Sevilla y las fiestas hispalenses; España y sus problemas políticos; libros y literatura y, por último, una serie de peculiares semblanzas personales.

En su primera columna el autor se preguntaba si tenía alguna utilidad el articulismo tradicional y, también, si sobreviviría el artículo con el fenómeno de la prensa digital. En principio, recuerda que todos debemos mucho a los articulistas, quienes nos han ido formando como ciudadanos, y nos han permitido apreciar distintas opiniones y visiones de la realidad. Yebra era un furibundo lector, y devoraba la prensa escrita que mezclaba con el café y la tostada como símbolos del amanecer de cada día. Niega el réquiem por el artículo. Y utiliza el requiebro de proclamar: el artículo literario ha muerto, ¡viva el artículo literario!

Como médico nos facilita la comprensión de muchos fenómenos sanitarios que se pusieron además de manifiesto con motivo de la pandemia del coronavirus. Curiosamente, y de manera profética, ya avisó en 2015 y 2016 que siempre había que huir de la medicina alternativa: solo existe una medicina. Y de forma sentenciosa afirmaba: “la Medicina es la más científica de las artes y la más artística e inexacta de las ciencias”. Anticipaba que hay que aceptar las vacunas. No obstante, se permitía apuntar las dudas y precipitaciones de los laboratorios al comercializar las vacunas del coronavirus.

Para documentar sus comentarios citaba la biografía de Jenner. Yo me permito recomendar la de Yersin, que se contiene en la famosa novela *Peste y Cólera*. Relata la carrera que surgió a principios de siglo pasado, entre los institutos Koch y Pasteur para obtener la vacuna de la peste, y las aventuras viajeras de sus científicos por el Extremo Oriente.

Muy interesante resulta su afirmación sobre la fecha de caducidad del cuerpo humano. La fija en 45 años porque es la esperanza de vida en las tribus amazónicas que no reciben ninguna

atención médica. Se ciñe a la puramente física. La caducidad de la salud mental no se atreve a determinarla.

La pandemia centró una buena serie de artículos de política sanitaria en los que comenta las críticas iniciales al funcionamiento del sistema de salud pública, y la falta de médicos. Se espanta con el súbito encumbramiento de los sanitarios, quienes siempre han sido buenos y leales, y sonrío al oír los aplausos que cada día se les dedicaba a las 8 de la tarde. Ismael Yebra saca dos conclusiones finales a la desastrosa pandemia: una, que no nos mejorará como sociedad ni como personas, o sea, no saldremos fortalecidos en ningún sentido; solo quedan las muertes y el luto social de tapadillo. Y, dos, aunque se controle el maldito virus, no desaparecerá la auténtica pandemia: la necesidad. Concluía, asegurando que la estupidez y la estulticia continuarán sin signos de “desescalada”.

La humanidad del doctor Yebra se pone una vez más de manifiesto al plantearse la posibilidad del médico virtual. Nos habla de la inteligencia artificial aplicada a la medicina, y las consultas *on line*. Es decir, sin poder ver, ni auscultar, al paciente en persona. Todo a través de una pantalla.

Ismael Yebra me contó que durante la pandemia atendía su consulta en remoto, y que las deficiencias técnicas de la pantalla no le permitían ver bien las postillas o eccemas del enfermo. Una vez le dijo a un paciente que tratara con mucha limpieza su infección. La respuesta fue, “por supuesto, doctor”. Mientras, veía por la pantalla cómo se acercaba al enfermo un gato, y empezaba a lamerle la herida con mucho empeño.

También, me indicó, que la impersonal y telemática consulta médica era poco pudorosa. Muy distinta de la personal donde reina el recato, y el biombo permite aliviar la tensión del espectáculo de desnudarse en vivo y con demasiada cercanía. Por el contrario, en la clínica virtual, cuando pedía al paciente que mostrara su salpullido, se precipitaban dos reacciones del enfermo; la primera, se desnudaba de inmediato en directo, sin miramientos: y la segunda, ya estaba desnudo previamente, semidepechugado; o bien, de cintura para abajo (lo tapaba la mesa), y entonces se levantaba para acercarse a la pantalla. Y encima, en ocasiones, le preguntaban: “doctor, ¿se ve bien?, ¿si quiere me acerco más a la cámara?”

El autor de *Sevilla vista desde la Alfalfa* mantiene, por supuesto, como articulista su concepción sobre nuestra capital con sorprendentes hallazgos. Sigue con su predilección por el otoño sevillano. Los títulos de algunos artículos lo delatan: “Adiós, verano, adiós”, “Por fin, otoño”, “Bendita rutina”, en referencia a la finalización del verano. “Dichoso mes”, respecto a noviembre. Aboga por volver a “Un otoño de los antiguos” (título de otro artículo), más silenciosos.

Confiesa que determinados comportamientos de la masa y de las bullas le incitan a abandonar Sevilla por Semana Santa, pero la devoción y los recuerdos de su niñez lo dejan preso de los recovecos del centro de la ciudad para reencontrarse con las imágenes de Jesucristo y su virgen madre. No obstante, hace un reiterado llamamiento a la cordura y a recuperar el sentido de la medida. Tantos quinaros, triduos, traslados, ensayos de bandas y costaleros; y tras la Semana Santa, más traslados, procesiones de gloria, cruces de mayo, conmemoraciones especiales, aniversarios varios... conducen al exceso y a la saturación. Añora una estricta Semana de Pasión íntima y recogida. Muy poéticos y de bella profesión de fe son los artículos dedicados a la Macarena por su barrio, y al Gran Poder. Recuerda lo que un día, que estaba desconsolado, le dijeron al ver el Señor de Sevilla: “Mira, hijo, no estás solo; nada temas, ni te aflijas, es Cristo que pasa”.

Ismael Yebra se mantiene en que la Feria es una impostura en la que la ciudad “se disfraza de sí misma”, y que todo se justifica “en favor de un agradecido gremio de la hostelería”.

Se muestra crítico con la ciudad y su futuro. Y es que el doctor Yebra, aunque diga que hace su vida en un radio de cincuenta metros a la redonda, no deja de ser un fino observador de la degradación de la ciudad. Afirma que Sevilla está sometida a la “turismocracia”, a la que define

como la manera de gobernar de forma totalitaria y dictatorial, con el único objetivo de favorecer al turismo ... Una forma de tiranía consentida a la industria hostelera y turística que ve justificado todos sus excesos basándose en el supremo fin de ganar dinero y mantener puestos de trabajo.

Crítica también que es una ciudad de proyectos que casi nunca cuajan, porque están en continua revisión: SE-40, el metro, la comunicación de Santa Justa y el aeropuerto, la ampliación del museo de Bellas Artes... le sirven de claros ejemplos. Y a falta de proyectos sólidos que fructifiquen se ha optado por lo fácil, una ciudad *low cost*, vulgar, con un centro histórico masificado de turistas, “lleno de tenderetes y franquicias impersonales similares a la de cualquier lugar”. La ciudad como negocio. Concluye que la vida cotidiana en el centro se hace imposible.

Muy divertido resulta el artículo en el que desgrana un nuevo calificativo para Sevilla. Sería el de “ciudad de pregones”. Solo para Semana Santa cita la existencia de uno por cada hermandad, imagen y aniversario. Pero sería extensivo a todas las instituciones y fiestas (taurino, Reyes Magos, Navidad, del Rocío...), de tertulias y de otras diversas asociaciones civiles y militares. Y termina animando a las autoridades a fomentar el turismo de pregones.

Las críticas que vierte en sus artículos resultan siempre amables y constructivas. Y una, especialmente cultural. Propone un turismo poético. Insta la creación de un paseo literario con un singular recorrido. El itinerario empezaría en el Palacio de Yanduri, donde nació Aleixandre, para seguir a la iglesia del Salvador, lugar de bautismo de Cernuda, continúa hacia su casa natal de la calle Acetres, luego a la iglesia de la Anunciación, panteón de los sevillanos ilustres, terminando en la casa de las Dueñas, para visitar “aquel huerto claro en el que madura el limonero”, que fue la primera luz que vio Antonio Machado.

El hombre que amaba a Sevilla también era amante de España. Su ideario político empieza con una loa a la Constitución de 1978. Centra sus críticas en la escasa o nula preparación profesional (y, por tanto, de nivel) de los políticos actuales. Ser político es un oficio en el que se medra y se lucha por la supervivencia a toda costa. Y los partidos, una agencia de colocación a los afines y sus familiares. Y busca el origen de esta decadencia de la clase política y de su proceder en la falta de educación, en el bajo o ínfimo nivel de la enseñanza. Dedicó un irónico artículo a criticar a una presunta lideresa política que afirmó que los niños pertenecen al Estado. Le recuerda lo que hizo Licurgo en Esparta

y sus nefastas consecuencias. El problema, por tanto, es la llegada al poder de una generación “cuasianalfabeta”. Denuncia que “se ha despreciado la memoria y la formación humanística. Todo se ha confiado a las habilidades con las nuevas tecnologías... No se cotizan el esfuerzo ni la voluntad, en definitiva, no fomentan cierto sacrificio y el gusto por el descubrimiento del saber”.

La otra cara de la moneda sería que no se ha sabido reconocer debidamente la labor de los maestros, ni se les ha cuidado ni retribuido en su justa medida. Tener buenos profesores es la mejor garantía de una sociedad sana en todos sus ámbitos. Y dice: “Del maestro aprendemos a discernir lo verdadero de lo falso, lo real de lo ficticio, lo personal de lo protocolario”. Además, a la juventud actual no se le ha sabido inculcar la austeridad, es decir, “valorar lo que se tiene y no ansiar lo innecesario”.

El problema educativo lo extrapola a la deriva territorial española. Si se entrega la educación a las Comunidades Autónomas y desde una de ellas se asegura que España nos roba, la cosa no pinta nada bien a largo plazo. Los títulos de muchos artículos delatan la desazón política de nuestro antiguo director: “España irrespirable”, “España, lo último”, “España rota”, “España desvertebrada...”. En “Profecía sobre España” recuerda el pronóstico que el escritor portugués Torga hizo en 1995: la desaparición de dos Estados de Europa. Uno, Yugoslavia, y, otro, España”. Espera que no se cumpla este presagio, por lo menos, nunca de manera tan violenta como en los Balcanes.

Como pueden imaginar todos estos artículos, fueron publicados en la época del proceso independentista catalán del que su pasajero silencio en los últimos años ha sido una simple estrategia coyuntural. El autor de *Viaje a Sanabria* vivió una temporada en Gerona, en concreto, en el Ampurdán. Allí apreció la belleza de ese paisaje español, conoció a sus paisanos y descubrió a Pla. Recuerda con emoción la lectura de sus libros. Resalta que cuando Pla habla de su país se refería a su Palafrugell natal y a su masía de Llofriú. Al eminente médico de la Alfalfa se nota que le duele el llamado “procés” o proceso de independencia. Y afirma, textualmente: “Amo profundamente al Ampurdán, a la provincia de Gerona y al resto de Cataluña... Es el país de Pla..., donde Machado pasó su última noche antes de ir a morir a Colliure...,

la casa de Dalí, las puestas de sol del cabo de Creus... (los escritores) Pere Gimferrer, Néstor Luján, Luis Carandell, Joan Margarit. Mi imagen de Cataluña es la de un mapa físico en el que no existen las fronteras”.

Ismael Yebra insiste en otro gran problema político. La censura de los medios: la dictadura de lo políticamente correcto. Y trae como consecuencia el populismo emergente. No obstante, profetizó que “la hipocresía a todos los niveles acaba siempre fracasando”. Parece que “nadie puede salirse de madre y pensar de forma diferente”. Nuestro compañero de Academia siempre opinó con absoluta libertad y valentía. Y muestra de ello es que también se comprometía con lo público, lo que es de todos. Lo defendía insistiendo que los españoles no cotizan nuestro patrimonio material e inmaterial común. El particularismo cateto impide apreciar la obra común española. Y remacha: “Yo lo veo muy claro. El patrimonio histórico-artístico...de España tiene un propietario: los españoles”. Los monumentos pueden tener una titularidad jurídica formal, pero “sus auténticos dueños son... todos los españoles”.

El hombre que amaba las buenas letras mantiene su pasión por los libros, las librerías y la lectura en sus artículos semanales.

Asegura que el libro perdurará y especialmente las librerías de viejo. Desaparecerán en su mayoría las librerías tradicionales de venta porque los libros nuevos “se adquirirán en cualquier sitio o los traerán, los traen (ya) a casa...; el buen libro, el bien escrito y bellamente editado, permanecerá...”. Las librerías de viejo seguirán: sus titulares y encargados son libreros, no simples vendedores. A este tipo de establecimiento van los bibliófilos buscando una obra perdida, un libro insólito, un texto descatalogado. Se felicita por las Ferias del Libro, pero especialmente por la del Libro Antiguo y de Ocasión.

Una anécdota que sufrimos en común: a Ismael y a mí nos convocaron a una Feria del libro de Sevilla para firmar ejemplares de uno de los últimos volúmenes que habíamos publicado. Casualmente, ambos, por separado, nos negamos a tal propuesta. Al cabo de los años comentábamos nuestro acierto a tal negativa: no hay nada más ridículo que pensar que íbamos a tener nume-

rosos compradores de nuestros libros, ávidos de saludarnos. Y, lo que es peor, comprobar que en la caseta vecina una desvergonzada y analfabeta vedette estaría firmando, sin descanso, muchos libros contando sus aventuras de cama.

En otros artículos celebra la lectura de *Ocnos* y *La realidad y el deseo*. Curiosamente, Cernuda y el padre de Yebra murieron con cinco años de diferencia, pero el mismo día y a la misma hora. De su padre señala que fue un poeta sin componer un verso, un ilustre ágrafo. Y con cariño indica que salió siempre adelante en “situaciones poco proclives a crear un universo poético... la vida para él no fue un camino de rosas, pero hizo lo posible para que tampoco lo fuera de espinas”.

Nuestro antiguo director siempre incita a la lectura, sin descanso. Un día fue al aula de cultura en la cárcel de Sevilla, y estuvo aconsejando a los internos que leyeran como medio de evasión, tanto la buena literatura tradicional como la referente a los libros de viajes. Algunos optimistas opinan que ahora se lee más, pero que se hace en otros formatos, no en papel, sino a través de una pantalla. Nuestro amante de las letras concluye que en las redes solo se leen titulares y cotilleos, como quienes leen la prensa del corazón y las telenovelas. Eso no es leer. En este caso, aboga por leer menos, observar más la naturaleza, y tomar conciencia de los días.

Incluso a los que leen mucho les recomienda algún día suelto sin libros, y asomarse al mundo para ver la realidad. De todas maneras, no puede dejar de leer y sentencia que lo ideal sería mezclar libros y naturaleza. Cita a Cicerón: “Si tienes una biblioteca junto a un huerto, nada necesitas”. Añora el retiro de Montaigne: una torre llena de libros y un campo de viñedos. Como remedo cómico muy asequible propone al lector que lea un libro y ponga a su lado un jarrón con olorosas y bellas flores.

Uno de los grandes problemas de los escritores lo denuncia Yebra con claridad: el exceso de ego. Asegura que muchos “solo han visto el mundo a través de los libros y se mueren de envidia por el éxito editorial y la fama de unos compañeros que estiman muy inferiores en valía literaria”. Bastantes autores, dice Ismael, creen que no son suficientemente reconocidos. Y con cita ajena dice: “a un escritor solamente le gustan tres cosas: que lo alaben, que lo alaben y que lo alaben”.

Dedica algunos artículos a libros muy concretos o a eventos de trascendencia literaria. Por ejemplo, de una parte, recomienda la relectura de los libros de Pla, sobre todo de *El cuaderno gris*, diario muy personal que “ha superado con creces el paso del tiempo”. Y de otra, en un artículo coincidente con el octogésimo aniversario de la muerte de Antonio Machado, relata de manera emocionante y desgarradora el camino a Colliure del gran poeta y su muerte: “...cuánto sufrimiento absurdo y cuánto sacrificio estéril ha acompañado nuestra historia en pos de una concordia que haga posible recordar sin miedo ni rencor estos días azules y este sol de la infancia”.

En muchos de sus artículos mezcla poesía y nostalgia. Uno, titulado “Mientras la lluvia cae”, resulta extremadamente triste, pero realista dentro de un lúgubre día de pandemia. Lo remata airosamente: el mundo sigue, llueve o terminará lloviendo. Aunque la realidad sea dolorosa y parezca todo malo, falso e inventado, la lluvia es la música de fondo de una vida que prosigue, que no se para. Y en esta línea, muy enfermo, dos meses antes de morir escribe una columna, con título prestado de Brines, “El otoño de las rosas”. Abunda en leer a los poetas y en recordar lo efímero de la vida, hasta de las rosas, que también tienen su otoño. Yebra sabía que era su último otoño. Como en julio también me había anunciado que era el principio de su último verano.

Los libros tienen muchos riesgos para el autor. Solo citaré dos aventuras que me unieron aún más a Ismael Yebra. La primera es ver una de tus obras en el suelo de la vía pública, sobre la manta de un vendedor ambulante, al precio de un solo euro. Aunque eso implica, de entrada, que todavía tiene algo de valor, eso sí, un precio irrisorio, casi regalado. Me contó Ismael que un escritor muy soberbio, en este mismo trance, le preguntó al vendedor callejero que cómo se atrevía a vender tan barato uno de sus libros. Y el presunto librero le contestó, “perdone es que el cartón es pequeño y no lo pone bien claro. Por un euro le doy diez libros. Además, usted puede escogerlos libremente”.

Y la segunda aventura radica en la dedicatoria de un libro a instancia de un lector desconocido. El autor se devana los sesos para conseguir una dedicatoria original, y al poco tiempo se encuentra ese libro en la calle, sobre la manta de un vendedor am-

bulante, o de oferta en una página web. En el artículo “La dedicatoria de mi libro”, relata Ismael que cuando iba a dedicar un libro a un señor, observó que ya lo estaba en la primera página, a otra persona quien, por lo que razón fuera, lo vendería o lo regalaría. Yo mismo he encontrado en una página web uno de mis libros de oferta, con la dedicatoria que manuscribí a un conocido, a quien veo y saludo por Sevilla. Confío en que nunca me solicite que le dedique otro libro.

El autor de *Sevilla vista desde la Alfalfa* tampoco olvida en algunos de sus artículos el retrato de personajes de la vida política, deportiva, musical y académica, incluso de algunos muy excéntricos. Solo puedo detenerme reseñando los dedicados a dos extraños sujetos. Al parecer, tuvo un extravagante amigo apellidado Vázquez, quien sostenía, como original teoría, que todos los problemas de la humanidad procedían de las tarjetas de crédito y de la propaganda. El otro personaje, contradictorio por naturaleza, era Pepe, el disidente: un sujeto que estaba contra el orden establecido y el capitalismo, pero quien en realidad vivía de las rentas de unos pisos que había heredado de una tía soltera.

La faceta de Ismael Yebra como académico merece una atención especial. Por tanto, conviene recordar, como anuncié al principio de esta conferencia, su discurso de ingreso, así como el que dictó con motivo de la apertura del curso 2020/2021 y sus distintas disertaciones. En el discurso indicado se reafirma en que el libro sobrevivirá a las nuevas tecnologías audiovisuales, internet incluida. No le cabe duda, aunque pueda variar su formato y convertirse en algo minoritario y hasta de lujo. También se ratifica en que el libro es la mejor medicina y para ello establece que, además de transmitir saberes, existen tantos libros como necesidades tenga el ser humano. Y cita a Kempis cuando confiesa que “he buscado la felicidad en todas partes, pero no la he encontrado en ningún sitio, excepto en un rincón y en compañía de un pequeño libro”.

Decía Borges que el mundo es una gran biblioteca y, por tanto, todo cabe en su interior. En este sentido, Leonardo Padura apunta que “hay que valorar los libros no sólo por su contenido, sino por sus muchas veces poco atendido continente, por su edad y origen”.

De hecho, nuestro antiguo director establece, con curiosos calificativos, distintas categorías de lectores derivados de la

bibliofilia. Refiere la “bibliodependencia”. Los “bibliópatas”, quienes quieren vivir solo rodeados de libros y confunden la realidad con la fantasía de los textos. Los bibliófilos también, a veces, acusan cierta demencia en su afán por tener y poseer más libros y ediciones raras. Esa obsesión, sin dinero y sin pudor, dirige al enajenado hacia el hurto y el robo: la bibliocleptomanía. Y con miseria y hambre pueden llegar a ser “biliófagos”. Y no hay duda del afán por quemarlos, los “bibliopirómanos”. Sería una variante de la “biblioclastia” o destructores de libros por distintos motivos. Por último, el doctor Yebra habla del “bibliopola”, de sí mismo, del médico que cultiva la literatura. Sus discursos siempre recogen al final la extensa bibliografía consultada.

La dolorosa venta de una biblioteca merecía una buena novela. Vuelvo a Padura, quien sentencia en pasado que,

cada biblioteca en venta era siempre una novela de amor con finales infelices, cuyo dramatismo no dependía de la cantidad o de la calidad de los libros sacrificados, sino de los caminos por los que aquellos objetos habían llegado a una determinada casa, y las terribles razones por las cuales salían hacia el matadero del mercado.

Si su discurso de ingreso fue toda una lección magistral, no lo fue menos el que pronunció con motivo de la apertura de curso de 2020-2021 en esta Real Academia, que versó sobre “El ejercicio de la Medicina como fuente de inspiración literaria”. Con su habitual finura recuerda que el oficio de escritor no se da en exclusiva y que, salvo raras excepciones, los autores suelen ser pluriempleados. Cita muchos casos de eminentes médicos escritores, y abunda en que el contacto del galeno con la realidad enriquece los textos literarios. Y es que el médico lidia, constantemente, con la fragilidad humana, siempre puede apreciar el dolor, el miedo, la pasión, la pobreza, el hambre...

En nuestras amistosas charlas, y sin faltar al secreto profesional, Ismael y yo hacíamos un paralelismo entre nuestras respectivas salas de espera. En la de la notaría, todo el mundo prefiere ser el rico comprador al contado de un cortijo, y no un deudor arruinado esperando la firma de otra dura hipoteca. En la

sala de espera del dermatólogo, si se va acompañado, el enfermo siempre es el acompañante. Nadie quiere reconocer haber pillado una enfermedad de transmisión sexual, o una fea infección de cualquier otro tipo. Se puede observar que los enfermos se sientan apartados, dejando un considerable espacio libre, como si temieran un contagio adicional. Claro, si uno va solo a la consulta, la cosa se complica. El doctor Yebra me contó que un determinado y solitario enfermo solía mentir diciendo en voz alta que venía por el tratamiento de un vecino que estaba inválido.

En esta línea confidencial, me confesó cómo descubrió a una pareja de amantes, ambos de estado civil casados. Al parecer, acudió a su consulta el varón con unas dolorosas purgaciones y le recetó una fuerte pastilla. Por prudencia ante posibles contagios, le aconsejó que también deberían ingerir el medicamento todas las personas con las que hubiera tenido algún contacto sexual. A los pocos días, se presentó una elegante señora, muy alarmada, diciendo que su pareja le había dicho que se tomara la pastilla de marras. Ismael, atónito, se reafirmó creyendo que era su esposa, pero no, era la amante. Y es que, acto seguido, la señora le preguntó si el comprimido podría disolverse en algún líquido como el café. Quería que su (cornudo) marido se tomara en el desayuno ese agresivo medicamento sin darse cuenta. Las complicaciones de la pasión extramarital.

En ese discurso, el doctor Yebra afrontó la triste coincidencia de ser médico y enfermo a la vez. Su caso. Puedo dar fe de que Ismael Yebra nunca se quejó de su enfermedad y, si cabe, fue todavía más humano en su comportamiento profesional. Y reitero fe de que además nunca se aprovechó de su condición de médico para recibir un trato preferente. Siempre fue un paciente ejemplar, sin transmitir pena ni dolor. Su espartana educación y su inquebrantable fe cristiana obraron ese milagro, soportando con absoluta entereza la grave dolencia que lo mortificó durante tantos años.

Sus disertaciones en esta casa también fueron muy brillantes. La primera versó sobre la figura de nuestro académico más antiguo: “Juan de Dios Ruiz Copete: cuatro décadas académicas llenas de coherencia”. Yebra confiesa que buena parte de su afición literaria se la debe a los libros y escritos de Ruiz Copete. Lo califica como su hermano mayor literario. La segunda

disertación la dedica a “Un acercamiento a la vida cotidiana en las clausuras de Sevilla”. Tras una breve alusión al origen de la vida contemplativa y el hecho monástico, señala que Sevilla es la ciudad del mundo con más monasterios de clausura por habitante. Aboga por establecer un turismo conventual exquisito, sin afluencia masiva, reservado, con espacios y horarios restringidos que no perjudiquen a la vida cotidiana de la clausura.

Otra disertación la dedicó a su alter ego académico: don Ramón de la Sota y Lastra, un médico dermatólogo humanista quien, además, dirigió esta Real Academia, a caballo entre los siglos XIX y XX.

Una cuarta disertación la dictó con motivo del principio de la pandemia. Y para ello nos habló de “El fuego sacro y la orden de San Antonio Abad”. Recuerdo que la desarrolló con su habitual simpatía advirtiéndole a los oyentes que la podíamos tomar como un mensaje de optimismo. Yebra vino a decirnos que de todo se sale. Al poco tiempo disertó rememorando a Romero Murube con motivo del 50 aniversario de su muerte. Detalló las sombras y luces que tuvo el gran poeta palaciego con esta Real Academia, con la que se reconcilió al final de sus días.

Una última disertación la dictó en enero de 2021 bajo el título “Tiempos de pandemia”. Tras analizar la evolución de la medicina con otras epidemias nos aseguró que veía la luz de salida del tenebroso túnel del coronavirus.

La muerte prematura de Ismael Yebra fue una tragedia para esta Real Academia. Casi no pudimos apreciar sus dotes de estu-pendo director: su año y medio en el cargo coincidió con las restricciones sanitarias por la pandemia. En el otoño de 2021 apenas podía acercarse por la Casa de los Pinelo, y menos aún al bar Estrella, al que raras veces acudíamos al terminar la tarde académica. Recuerdo que, con ironía, apuntaba que justo al lado de la puerta del citado bar se encuentra la cota más alta de nuestra capital. Esa mínima pendiente ya le suponía una imposible escalada.

El doctor Yebra, siempre fue un seguidor entusiasta del médico y literato Chéjov. De la citada biografía *La vida de Chéjov*, tomo las siguientes cualidades del cuentista ruso extensibles a Ismael: “su modestia, su integridad, su sencillez, sus incesantes esfuerzos por disciplinarse, mejorarse y amar a su prójimo, por

soportar estoicamente la dolencia y las adversidades, por aguantar la muerte con dignidad y sin miedo...”. Irène Némirovsky, su biógrafa, señalaba que, aunque el autor ruso, ateo confeso, afirmaba con pena que, “la vida carece de sentido”, no hay duda de que consiguió dar a la suya “un significado muy hermoso y muy profundo”.

En el caso de Yebra, con las mismas cualidades citadas, pero profundamente creyente, dotó su vida, además, de un sentido espiritual y trascendente. Conviene recordar la invocación inicial del rezo de las horas litúrgicas ya reseñada. Seguro que Ismael la repitió con devoción en sus últimos meses de vida: “Dios mío, ven en mi auxilio, Señor date prisa en socorrerme”.

Decía Montaigne que el último extremo de la perfección de las relaciones que ligan a los humanos reside en la amistad. Con esta peculiar sesión necrológica (o de elogio fúnebre, como prefieran), cumplo el compromiso que pacté con mi amigo Ismael. Espero que hayan podido apreciar que el doctor Yebra fue una persona extraordinaria.

Retomo el comentario que deslicé al principio de este discurso sobre si quizá Ismael Yebra fue un intelectual malogrado: había fallecido en plenitud de facultades mentales, con muchos años por delante para deleitarnos con sus dotes de hombre culto y fino escritor. Marañón, en un breve ensayo, hizo hincapié en que, “si aprovechas tu vida, podrás morir joven, sin haberte, en realidad, malogrado”. Y don Gregorio indicaba como elementos de elogio de cualquier egregio fallecido de forma precoz los siguientes: “nos dejó su gesto, su afán de creación, su generosidad para el trabajo, la memoria de las amistades que encendió, su tenaz entusiasmo por... España”.

Por tanto, nuestro director no fue un intelectual malogrado, en ningún caso, en absoluto. La pena de su ausencia la mitigan, en parte, el excelente legado de su vida ejemplar, y tanto su espléndida obra profesional como literaria.

El hombre que amaba las buenas letras fue un magnífico médico, un intelectual de primera fila y un sobresaliente escritor. Permítanme finalizar este discurso con la conclusión más definitiva, a pesar de que pueda ser conocida por todos: Ismael Yebra era esencialmente bueno.